

aquella amabilidad que cautivaba los corazones; pero quiso en sus altos designios privarse de la excelencia, ó mejor, de la sombra de excelencia que tanto se procura enaltecer á los ojos de los hombres carnales. «El Señor mismo», dice Clemente de Alejandria, «en su conformacion exterior no era bello, segun lo que por boca de Isaías nos enseña el Espíritu Santo diciendo: «No es de aspecto bello, ni es esplendoroso. Nosotros le hemos visto, dicen, y nada hay que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atencion hácia él». Y sin embargo, ¿qué cosa más digna de ser amada que el Señor? Pero no quiso ser notado por la hermosura de la carne, que solo es apariencia, sino por la verdadera belleza del alma y del cuerpo, la primera de las cuales es el amor, y la inmortalidad la segunda» (1). Y en otro lugar dice: «No sin motivo quiso el Señor parecer bajo un aspecto no esplendoroso: quisólo así porque su belleza exterior no atrajese nuestros ojos de tal manera que dejásemos de fijarnos en sus palabras; y porque no olvidásemos lo invisible, convirtiendo nuestro amor á lo que es pasajero» (2). En el mismo espíritu explica San Basilio las palabras del Salmista con que éste

(1) ... 'Αλλ' οὐ τὸ κάλλος τῆς σαρκὸς τὸ φαντασιαστικόν, τὸ δὲ ἀληθινὸν καὶ τῆς ψυχῆς καὶ τοῦ σώματος ἐνεδείχθητο κάλλος τῆς μὲν τὸ εὐεργετικόν, τὸ δὲ ἀθάνατον τῆς σαρκὸς. Clem. Al. Paedag. 1. 3. c. 1. extr. Potter. 252.

(2) Clem. Al. Strom 1. 6. c. 17. Potter. 818.

ensalza la hermosura del Hijo de Dios hecho hombre (ps. 44, 5). «Con tu hermosura, esto es, con tu invisible divinidad. Pues aquella es la belleza positiva (1), que sobrepuja la vista y comprension humana, y solo se ofrece á los ojos del espíritu contemplativo. Los Apóstoles conocian su hermosura cuando Él se dignaba revelársela: Pedro y los hijos del trueno la contemplaron visible en el monte donde se descubrió radiante como el sol, porque ellos fueron hechos dignos de ver con sus propios ojos los primeros rayos de su gloria» (2).

(1) τὸ ὄντως κάλλόν.

(2) Bas. in ps. 44, n. 5. Tales conceptos acerca de la forma exterior del Señor dan á entender, fuera de Clemente de Alejandria, de una manera más ó ménos precisa, Justino (Dial. cum Tryph. p. 181, 186 ed. Maur.), Tertuliano (de carne Christi c. 9. contr. Jud. c. 14), Cirilo de Alejandria (Glaphyr in Exod. 1. 1. n. 4. ed. Aubert. pág. 250); véase también al n. 20 las palabras de San Basilio (in ps. 44 n. 4).

Por lo demás no alegamos esta opinion como regla que deba seguirse. No se apoya en ninguna tradicion positiva, pues, como indica con harta claridad San Agustín (de Trinit. 1. 8. c. 4. 5), no la hay en la Iglesia ni sobre la forma exterior de Cristo, ni sobre la de su Santísima Madre. Mas bien parece ser el resultado de una aprehension estremadamente viva de cuán poca cosa es la hermosura corpórea, y en este concepto puede fácilmente reconocérsele valor dada una direccion ascética muy rigurosa. La única prueba propiamente dicha de esta opinion sácanla sus autores de las palabras de Isaías (53, 2. 3); así se colige del texto citado, en que se apoya Orígenes con insistencia escribiendo contra Celso 1. 6. n. 75. 76. (ed. Maurp. 689. 690). Pero Teodoreto (in ps. 44. 3. ed. Schulze p. 888.) y antes que él San Juan Crisóstomo (in Matth. 8. 18. hom. 27. al. 23. n. 2) hacen ver que las palabras del Profeta no inducen á este sentido. San Crisóstomo dice expresamente: «No era solo en los milagros cuando el Señor se atraía los ojos de las gentes; sino su simple ordinario aspecto estaba lleno de soberana gracia y amabilidad, segun las palabras del salmo (44. 3): «¡Oh tú el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, derramada se vé la gracia en tus lábios». Esta

Por donde se ve claramente lo que pensaron de la belleza en la antigüedad cristiana los héroes de la verdadera ciencia: puntualmente lo mismo que hemos manifestado en el principio de este párrafo. La belleza propiamente dicha, la positiva, la verdadera belleza, τὸ ὑπὲρ ἁπάντων κάλλος, como se expresa Orígenes, τὸ ὄντως καλὸν de San Basilio el Grande, τὸ ἀληθινὸν κάλλος, como dicen con Clemente todos los platónicos, es la belleza de los seres espirituales en la verdadera perfección de criaturas inteligentes, es la perfecta armonía de sus designios y movimientos con la sabiduría y el amor de Dios. Ciertamente el sensualismo, el materialismo, la filosofía de la carne, no pueden seguir el vuelo de estas ideas ni echarles mano, pues carecen de medios para aprehender lo que no se deja coger de los dedos; y así pareceles

fué el pensamiento dominante desde entonces en la Iglesia y en el arte católico: concebíase al Señor como un ideal de la más perfecta belleza humana. Aquí se echa de ver ya, guardando el justo medio, la idea del sentido de la belleza exterior tal como se nos ofrece en San Ambrosio (de off. 1. c. 19) y San Agustín (de vera relig. c. 21). Una descripción puntual del Salvador en este sentido contiene la carta al emperador Teófilo «sobre las sagradas imágenes dignas de veneración», que se atribuye á San Juan Damasceno; pero que según Combeffis y Lequein debe ser de tres patriarcas de Oriente. En ella se dice que el Dios-Hombre era en un todo semejante á su Madre Virgen. Constantino hizo pintar su imagen tal como la bosquejan los historiadores antiguos, según los cuales era de alta estatura, ojos hermosos, cejas crecidas, nariz grande, cabellos anillados, dedos largos, la nuca algo encorvada, barba oscura, semblante florido, su color rubio (σιτόχρους *trigüño*); su voz sonaba llena y hermosa; era afable y se llevaba tras sí los corazones, y en su aspecto se retrataban la paz, la mansedumbre, la dulzura y la paciencia.» (Opp. S. Jo. Damasc. ed. Lequein 1. p. 634.)

tener delante un sueño cuando oyen hablar de una belleza invisible. Pero, ¿quiénes son aquí los soñadores, aquellas inteligencias cuya luz llega hoy mismo á alumbrar á la humanidad al través de los siglos, ó estos charlatanes de cerebro vano, sábios de ayer que se empeñan en probarnos (y cierto lo consiguen), que están vacíos de todo espíritu, y que á semejanza de los animales no tienen facultad alguna superior á su delirante fantasía? Pero dejémoslos, que no es este el lugar oportuno de entrar en disputa con el sensualismo.

7. No fué diferente del de los Padres griegos el sentir de las dos columnas de la Iglesia de Occidente en Hipona y Milan. Según San Agustín toda la belleza del alma es la virtud y sabiduría (1); según San Ambrosio, «la belleza del alma es la sincera virtud, y su verdadero ornamento, el conocimiento de las cosas celestiales» (2). La belleza del cuerpo no carece de valor. «No ponemos ciertamente la virtud en la hermosura del cuerpo; pero no por esto rechazamos la gracia exterior, porque la modestia suele colorear las mejillas con el pudor, y dar así gracia al semblante. Y así como el artista suele trabajar mejor sobre una materia bien dispuesta,

(1) Totum quod pulchrum est in anima virtus et sapientia est in ps. 53. serm. 1. n. 18.

(2) Pulchritudo autem animae sincera virtus, decus verior cognitio supernorum. De Isaac et anima cap. 8. n. 73.

así también brilla más la modestia en un cuerpo hermoso» (1). Pero la belleza espiritual es sin comparación superior á esta otra. «El alma en este cuerpo, semejante al músico que solo toca las cuerdas de la cítara con la yema de los dedos, el alma, digo, si por ventura es sóbria, pulsa, cual si fueran cuerdas musicales, las pasiones de esta carne para sacar de ellas un concierto que diga armonía con el de las costumbres y virtudes, para que en todos sus pensamientos y obras convengan entre sí y guarden la más perfecta consonancia su hechos con sus ideas. El alma usa del cuerpo, y el cuerpo es el instrumento del alma: de aquí que sea una cosa el imperio y otra el ministerio; una cosa lo que somos y otra lo que nos pertenece. El que ama la hermosura del alma, ese nos ama á nosotros; más el que ama la hermosura del cuerpo, no ama al hombre mismo, sino lo que ama es la hermosura de la carne, que bien pronto se marchita y perece» (2).

(1) Nos certe in pulchritudine corporis locum virtutis non ponimus, gratiam tamen non excludimus; quia verecundia et vultus ipsos solet pudore obfundere, gratioresque reddere. Ut enim artifex in materia commodiore melius operari solet, sic verecundia in ipso quoque corporis decore plus eminet. Ambros. de officiis l. 1. c. 19. número 83.

(2) Anima in hoc corpore tamquam in fidibus musicis, quae sobria est tamen summis ut ita dicam digitis, velut nervorum sonos, ita pulsat carnis istius passiones, ut consonum reddat morum atque virtutem consentientemque concentum; ut in omnibus cogitationibus suis, in omnibus operibus id custodiat, ut omnia consilia et facta sibi concinant. Anima est ergo quae utitur, corpus quod usui

Cabalmente porque se marchita y perece tan pronto, llamóla San Agustin no verdadera, sino «falsa» belleza (1), «el grado más ínfimo de la belleza» (2), «bien mínimo, temporal, carnal, ínfimo» (3), «deforme en comparación con la belleza del alma» (4). Lo bello es ciertamente don de Dios; mas concédelo también á los malos porque no parezca un gran bien á los buenos» (5). Por esto el Espíritu Santo la llama vanidad. No porque no sea verdadera en su naturaleza, sino porque «en fuerza de esta perversidad del alma que es pecado y pena del pecado, toda la naturaleza corpórea se torna en lo que decia Salomon: Vanidad de vanos y todo vanidad..... Y no sin razon se añade de *vanos*, porque si quitas á estos que buscan las cosas últimas como si fuesen las primeras, ya no seria el cuerpo vanidad, antes ostentaria en su género su respectiva belleza, aunque ésta sea la última» (6).

est; ac per hoc aliud quod in imperio, aliud quod in ministerio; aliud quod sumus, aliud quod nostrum est. Si quis animae pulchritudinem diligit nos diligit; si quis corporis decorem diligit, non ipsum hominem, sed carnis diligit pulchritudinem, quae tamen cito marcescit et defuit. Ambr. de bono mortis c. 7. n. 27.

(1) «Falsa». Epist. 3. al. 155. ad Nebridium n. 4.

(2) «Pulchritudo ima, extrema.» De vera relig. c. 40. n. 74. 75.

(3) «Bonum minimum, temporale, carnale, infimum.» De civitate Dei 15. c. 22.—Contra epist. Manichaei c. 42.

(4) (Homo) interior exteriorem respicit, et in sua comparatione foedum videt. . . De vera relig. c. 40. n. 74.

(5) Quod bonum Dei quidem donum est; sed propterea id largitur etiam malis, ne magnum bonum videatur bonis. De civitate Dei 15. c. 22.

(6) Hac ergo perversitate animae, quae contingit peccato atque supplicio, fit omnis natura corporea illud quod per Salomonem dici-

Por esto, en fin, no es por la belleza del cuerpo sino por la muy más excelente del alma, que es la justicia, por la que somos semejantes á Dios y reberberos de su hermosura. ¿Qué otra cosa es la justicia que habita en nosotros, ó cualquiera otra virtud con que vive el hombre sábia y rectamente, sino la hermosura del hombre interior? A la verdad más en razon de esta hermosura que segun el cuerpo hemos sido hechos á imágen de Dios.... Si pues la belleza del espíritu no la hallamos en la extension del cuerpo, ni en la conveniente colocacion de las diferentes partes, sino en la virtud inteligible, ó sea en la justicia, y si esta belleza es la que renueva en nosotros la imágen de Dios, es claro que la hermosura del mismo Dios que nos ha hecho, no se ha de buscar en ninguna extension corpórea, y por consiguiente que tanto se ha de considerar incomparablemente más hermosa que las almas de los justos, quanto es Dios sin comparacion más justo que ellos» (1).

tur: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas....* Neque enim frustra est additum, *vanitatum*, quia si vanitatis detrahas, qui tanquam prima sectantur extrema, non erit corpus vanitas; sed in suo genere quamvis extremam, pulchritudinem sine ullo errore monstrabit. De vera relig. c. 21. n. 41.

(1) Quid est autem aliud justitia, quum in nobis est, vel quaelibet virtus qua recte sapienterque vivitur, quam interioris hominis pulchritudo? Et certe secundum hanc pulchritudinem magis quam secundum corpus facti sumus ad imaginem Dei. . . . Si ergo non in mole neque in distantibus per loca sua partibus, sicut corpora sive cernuntur sive cogitantur, sed in virtute intelligibili, qualis est justitia, mentem dicimus, seu novimus, seu volumus pulchram

Cerca de ocho siglos despues que esta verdad fué claramente enunciada por los Agustinos y Ambrosios, por los Gregorios y Baslios, por Clemente y Orígenes, por Sócrates y sus discipulos, la enseñó no ménos distintamente el último Padre de la Iglesia, el santo abad de Clarval. «¿Cuál entre todas las excelencias externas del hombre hay, que si se compara con la hermosura interior de un alma cualquiera santa, no sea tenida por vil y fea por toda persona de recto juicio? ¿Qué cosa puede ostentar la figura de este mundo que pasa, que sea igual á la hermosura del alma que habiendo arrojado de sí la vestidura del hombre viejo y terreno, se adorna con la belleza del nuevo, del alma que en lugar de perlas, se adorna de virtud, y se hace por aquí más sublime que los cielos, más esclarecida que el mismo sol?» (1).

Antes de concluir conforme á este unánime sentir, no podemos ménos de citar la admirable

et secundum hanc pulchritudinem reformamur ad imaginem Dei: profecto ipsius Dei, qui nos formavit et reformat ad imaginem suam, non aliqua mole corporea suspicanda est pulchritudo; eoque justorum mentibus credendus est incomparabiliter pulchrior, quae est incomparabiliter justior. Epist. 120. al. 222. ad Consentium c. 4. n. 20.

(1) Quid namque eorum quae in facie lucent, si internae cujuscumque sanctae animae pulchritudini comparetur, non vile ac foedum recto appareat aestimatori? Quid, inquam, tale in se ostendit ea quae praeterit figura hujus mundi, quod aequare speciem animae possit illius, quae exuta terreni hominis vetustatem, ejus qui de coelo est decorem induit, ornata optimis moribus pro monilibus, ipso purior sicut et excelsior aethere, sole splendidior? Bern. in Can. serm. 27. n. 1. Véase serm. 45. n. 2.

exhortacion de un Doctor que todavía no hemos nombrado: San Juan Crisóstomo. «¡Cuán agradable, dices tú, es el semblante hermo­seado con los colores de la flor! Pero dime: ¿No son asimismo esplendorosas las flores de la tierra? ¿Y no se marchitan? Así pues, no vuelvas tus ojos al sonrosado semblante, sino entra más adentro con tu ánimo; aparta el pensamiento de aquella hermosa superficie, y busca lo que debajo de ella se oculta.... Pero los ojos son tan expresivos y llenos de ternura, tan finamente cortadas las cejas, los párpados tan primorosamente matizados, la mirada tan suave, el aire y continente tan benignos y suaves..... Sí, pero advierte que todo esto no es otra cosa que piel y tendones, músculos y venas. Pues considera esos bellos ojos amortiguados y lánguidos por efecto de la edad, ó anublados por la enfermedad ó la tristeza, ó hinchados y encendidos por la cólera; ¿no va todo esto contra su belleza? ¿no quedan luego desfigurados? ¿no pierden acaso su esplendor? Elévate despues en espíritu hasta aquella que solo merece el nombre de belleza (1).—Pero yo, me replicas, no veo la hermosura del alma.—La verás solo con que la quieras ver. Pues así como puede uno representarse en la mente y admirar hombres bellos, aunque no estén pre

(1) ἐπὶ τὸ ἄλλο τὸ ἀληθινόν.

sentes, así tambien puede representarse la belleza del alma sin hacer uso de los ojos corpóreos. ¿No te has formado muchas veces en tu interior una figura hermosa hácia la cual te has sentido atraído? Pues á este mismo modo fórmate ahora la pintura de la belleza del alma, y alégrate al ver cuán digna es de ser amada.—Pero lo que no tiene cuerpo alguno, no se puede ver.—Léjos de esto nuestro espíritu lo contempla mejor que á las cosas corpóreas. Y si no, ¿cómo es que admiramos á los ángeles y arcángeles aunque no los vemos? ¿cómo es que admiramos un corazón noble, un alma virtuosa? Tú mismo, ¿no admiras mejor á un hombre adornado de justicia y fortaleza, que á un semblaate bello? Así cuando ves á una persona oprimida que lleva con paciencia el ódio y la persecucion, no solo la admiras, sino tambien la amas, aunque esté agobiada y debilitada por los años. Ciertamente, semejante belleza del alma aún en la ancianidad tiene muchos amigos y admiradores, pues nunca se marchita, ni deja nunca de resplandecer. Anhelemos todos á esta belleza, seamos partícipes de ella, y busquemos y amemos á las almas que la poseen» (1).

(1) Chrysost. in epist. 2. ad Cor. homil. 7. al fin.